David Fernández Rivas 6º A

LA MAGIA DE LAS LETRAS

Alicia no podía creer todo lo que estaba contando aquel hidalgo de adarga antigua y lanza en astillero. Estaba siendo la hora del té más disparatada que había tenido.

A su lado se sentaba un ratón sabiondo de color naranja, anteojos y un chaleco verde, que se había presentado como el periodista Geronimo Stilton. En el otro extremo de la mesa tres niños jugaban al parchís en un tablero de ajedrez. Uno de piel morena y pelo oscuro iba acompañado de un gran oso pardo y una pantera negra; otro con sombrero de paja y chaleco con tirantes tiraba el dado mientras mordía una manzana; el último, llevaba unos pantalones muy antiguos y la cara manchada de barro.

-¡Haces trampa, Tom Sawyer! Y yo, Huckleberry Finn no te lo voy a consentir!

Justo cuando la partida se estaba volviendo un poco violenta, se acercó volando en una escoba un adolescente con gafas y cicatriz en la frente aterrizando de mala manera sobre el tablero de ajedrez y haciendo que volaran todas las piezas y sonaran grandes carcajadas.

La verdad es que Alicia jamás había estado en una hora del té tan disparatada. Echaba de menos a su querido sombrerero, al lirón y a la Liebre de Marzo. En el sombrerero precisamente estaba pensando cuando un extraño señor con sombrero de copa y muy elegante empezó a poner paz repartiendo chocolatinas marca Wonka.

-¿Qué hacemos todos aquí? Hace un momento estaba en mi mesa de El Eco del roedor- preguntó Geronimo Stilton.

-Mira quien pregunta. Pues se supone que eres el más perspicaz y atento de todos…. – respondió Alicia.

-¡Olvídate de la preocupacióoooon!- cantaba el niño de piel morena mientras su amigo el oso bailaba moviendo la enorme barriga peluda.

-¡Está claro que debemos buscar a alguien que nos ayude en este jaleo! – dijo Alicia.

- Elemental queridos amigos, llevo rato observando la diferencia de atuendos, pieles e idiomas y algo anda mal. Soy Holmes, Sherlock Holmes. Conozco un gran mago al final de este camino de baldosas amarillas que podría resolver este enigma.

- ¡Pardiez! ¡Vayamos pues! – Dijo el caballero que acababa de presentarse como Don Alonso Quijano.

Todo el grupo fue al camino de baldosas amarillas y entró en el bosque. Anduvieron poco cuando de entre los árboles salió un monstruo: un hombre lleno de cicatrices, deforme, llorando desconsoladamente.

- ¡Un monstruo! –gritó Alicia.

- ¡No soy un monstruo! Me llamo Frankenstein y soy el experimento de un doctor amargado y desesperado. Sólo busco compañía.

- ¡Vive Dios que nadie tiene que estar solo! Acompáñenos buen hombre, buscamos a un gran mago que nos ayude a desvelar esta magia.

Paso a paso, todos juntos, emprendieron el camino hacia la ciudad de Oz, donde se encontraba el mago. Iban contando su vida, sus aventuras, sus travesuras…y contemplando el paisaje. Al cabo de un rato, en un claro del bosque, encontraron un pequeño burrito recostado. Era pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no llevaba huesos. De detrás del burrito salió un niño pequeño, rubio con pelo rizado y capa azul. Sin decir nada se acercó a Frankenstein.

- Dibújame un cordero. Por favor, dibújame un cordero. – Suplicó.

- No sé… pero lo puedo intentar. – Frankenstein intentó dibujar algo parecido a un cordero pero que era más bien un gato grande con dolor de barriga.

- ¡Oh, que pena! No me gusta tu cordero. Un día un aviador me dibujó uno estupendo. – Devolvió la hoja a Frankenstein y se fue al lado del burrito.

Iban hablando sobre el dibujo del cordero cuando el camino se dividió en dos. Ninguno sabía hacia dónde ir y empezaron a discutir.

- ¡Por aquí! ¡Por allí!- decían unos y otros.

En eso estaban cuando aparecieron dos gemelos con cara de pillos. Los dos llevaban uniforme escolar de pantalón corto gris y jersey rojo. Solo se distinguían por el color del pelo. Uno era rubio y otro moreno.

- ¡Nosotros venimos de Oz! Somos Zipi y Zape y sabemos el camino. ¡Es el de la derecha! Jajajaja

- ¡Ay, no! – dijo Alicia. –Esto me suena. No debemos haceros caso y por lo tanto si decís que vayamos a la derecha, iremos a la izquierda sin dudarlo. ¡Seguidme!

TI-TI-TI-TI…TI-TI-TI-TI

David se despertó con el sonido de la alarma. ¡Madre mía, menudo sueño! Se puso el uniforme rápidamente se lavó la cara y bajó a desayunar.

- Mamá no te vas a creer el sueño que he tenido. – Y contó con pelos y señales todo lo que había soñado.
- ¡Jajajaja! –Reía su madre – ¡Ay, hijo! Esa es la magia de los libros, LA MAGIA DE LAS LETRAS.